

Francisco de Quevedo

# El Buscón

Edición de  
Pablo Jauralde Pou



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1998  
Segunda edición, revisada: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la edición: Pablo Jauralde Pou  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-992-0  
Depósito legal: M. 30.457-2017  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 9 Prólogo

### El Buscón

#### Libro primero

- 27 Capítulo 1. En que cuenta quién es el Buscón
- 33 Capítulo 2. De cómo fue a la escuela y lo que en ella le sucedió
- 41 Capítulo 3. De cómo fue a un pupilaje por criado de don Diego Coronel
- 52 Capítulo 4. De la convalecencia y ida a estudiar a Alcalá de Henares
- 62 Capítulo 5. De la entrada de Alcalá. Patente y burlas que le hicieron por nuevo
- 71 Capítulo 6. De las crueldades de la ama y travesuras que hizo
- 82 Capítulo 7. De la ida de don Diego y nuevas de la muerte de su padre y madre, y la resolución que tomó en sus cosas para adelante

#### Libro segundo

- 89 Capítulo 1. Del camino de Alcalá para Segovia y de lo que le sucedió en él hasta Rejas, donde durmió aquella noche
- 98 Capítulo 2. De lo que le sucedió hasta llegar a Madrid con un poeta

- 104 Capítulo 3. De lo que hizo en Madrid y lo que le sucedió hasta llegar a Cercedilla, donde durmió
- 120 Capítulo 4. Del hospedaje de su tío y visitas; la cobranza de su hacienda y vuelta a la Corte
- 129 Capítulo 5. De su huida y los sucesos en ella hasta la Corte
- 135 Capítulo 6. En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres

Libro tercero y último

de la Primera parte de la Vida del Buscón

- 145 Capítulo 1. De lo que le sucedió en la Corte luego que llegó hasta que amaneció
- 151 Capítulo 2. En que prosigue la materia comenzada y cuenta algunos raros sucesos
- 165 Capítulo 3. En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel
- 169 Capítulo 4. En que trata los sucesos de la cárcel, hasta salir la vieja azotada, los compañeros a la vergüenza y él en fiado
- 180 Capítulo 5. De cómo tomó posada y la desgracia que le sucedió en ella
- 187 Capítulo 6. Prosigue el cuento, con otros varios sucesos
- 195 Capítulo 7. En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos y desgracias que le sucedieron
- 207 Capítulo 8. De su cura y otros sucesos peregrinos
- 215 Capítulo 9. En que se hace representante, poeta y galán de monja
- 229 Capítulo 10. De lo que le sucedió en Sevilla hasta embarcarse a Indias

# Prólogo

Quevedo (1580-1645) era muy joven cuando emprendió la redacción de *El Buscón*, todavía cursaba estudios de Teología en Valladolid, apenas se había dado a conocer en el mundo literario de la Corte a través de algunos «papeles» festivos, que circulaban manuscritos, o a través de poemas satíricos llenos de chistes palabreros, a veces desvergonzados. Al decir de sus contemporáneos, estaba bien dotado para ejercer como satírico, pues tenía la palabra fácil, el ingenio muy agudo y capacidad de convocatoria ante muy diversos públicos: sus romances y letrillas, parodiando el tono de los de Góngora, se voceaban por las calles; sus tratados morales serían motivo de meditación en círculos religiosos e intelectuales; sus advertencias políticas llegarían a causar serios problemas en Palacio... A veces, el polifacético escritor convendría en halagar al auditorio palatino con una comedia de circunstancias, o haría las delicias del público llano con sabrosísimos entremeses.

Las cosas, vistas a través de la realidad documental, son todavía más complejas y, por ende, más esclarecedoras.

Francisco de Quevedo pertenecía a una familia de funcionarios medios de Palacio, entre los que se contaban secretarios, escribanos, aposentadores, guardadas, azafatas... La mayoría servía y vivía en Palacio, en donde él pudo haberse formado como «menino». Por ejemplo, su abuela materna era «dueña de retrete» de la reina, o, lo que es lo mismo, una de las venerables dueñas que ayudaban a la primera dama en los menesteres más sencillos de la vida cotidiana. Hacia esos oficios se intentó encarrilar a los vástagos del matrimonio formado por María de Santibáñez –la madre, «azafata» de la princesa– y Pedro de Quevedo –el padre, «escribano de cámara»–: eran cinco; Francisco, el escritor, el segundo varón. Pero en aquellos tiempos la muerte por enfermedad o epidemia deshacía familias, cambiaba mayorazgos, trastornaba proyectos constantemente; así que en pocos años, antes de doblar el siglo XVI, Francisco se fue quedando solo, como único descendiente varón de aquel clan de funcionarios, que recordaba todavía como timbre de orgullo sus orígenes norteños en «la Montaña». Cuando muere, poco después, la madre, Quevedo sólo cuenta con el apoyo de una tía, piadosa y bien acomodada –Margarita, a quien dedica sus estremecedores poemas de arrepentimiento, el *Heráclito cristiano* (1613)–, y dos hermanas, una de ellas carmelita descalza en Madrid. Qué contraste. Un mundo paco y femenino para el más misógino y procaz de nuestros clásicos.

Aquella abuela que descalzaba a la reina en la intimidad de sus aposentos consiguió del rey, para el futuro heredero del clan, nuestro escritor, una pensión de 150 ducados que le permitiera estudiar. Y así lo hizo, primero en el colegio de jesuitas de Ocaña, compartiendo pupitre con Paravicino –el futuro predicador real– y recibiendo clases de Román de la Higuera –el famoso inventor de patrañas históricas–, entre otras curiosidades que, como nunca se han dicho, conviene airear.

Más tarde, obligado a seguir las estaciones de la Corte, encarriló su formación hacia los estudios de Teología (las «Humanidades» de la época), en la Complutense genuina y en Valladolid. Estuvo siempre bajo la tutela de parientes lejanos, pero muy poderosos: Busto de Villegas, gobernador del Arzobispado de Toledo; Agustín de Villanueva, en Valladolid, más tarde.

Así pues, el escritor acaba de trasladarse –junto con la Corte (1600-1606)– desde Alcalá a Valladolid, en donde reside en una casa de pupilaje, para acudir a las clases de Teología. La primera de todas, la de «prima», la recibe del «rector» de la Universidad, el doctor García Coronel, nombre de resonancias inmediatas en *El Buscón*. Hasta los veinticinco años (1605) no alcanzará la mayoría de edad, de manera que sigue dependiendo de su tutor, Agustín de Villanueva, el protonotario de Aragón, lo que le permite el trato con las gentes de Palacio, sobre todo la camaradería con aquellos que son de su edad y que forman la «clientela» de su protector, el duque de Lerma, el todopoderoso privado de Felipe III. Así conoce y trata a Jerónimo de Villanueva, a los Ace-

bedo, a los Carrillo, a los Chumacero, al futuro duque de Osuna... Es decir, a algunos de los que alcanzarán los puestos de mayor prestigio y poder en la máquina de la monarquía hispana.

El escritor hubo de pensar que a él también había de corresponderle jugar papel importante en la Corte del «mayor monarca del universo». Probablemente, desde aquellas esferas se miraba con cierto desprecio hacia la realidad social de las ciudades: oficios, tratos..., el mundo mercantil y plebeyo; pero también con temor hacia arriba: la esfera inaccesible de la nobleza de sangre, de los grandes y su cohorte de familiares, que se derramaba en condes, marqueses y duques sin cuento. Quevedo estuvo siempre fascinado por la nobleza de sangre. Alguna de sus mayores empresas se realizaron al arrimo de dos mecenas que provenían de la grandeza nobiliaria: el duque de Osuna y el duque de Medinaceli. Él mismo arañó unas briznas de esa nobleza al conseguir un hábito de Santiago y al hacerse con el señorío de La Torre de Juan Abad, un pueblecito «entre andaluz y manchego». Pero todo eso es cantar de su madurez, y *El Buscón* es libro de juventud.

Volviendo a la Corte vallisoletana de comienzos de siglo: sólo desde esta postura peculiar del joven cortesano, estudiante de Teología, se pueden entender los matices de la sátira que impulsan la redacción de una obra como *El Buscón*, que se ceba tanto en el tráfago mercantil de la plebe como en la exquisita etiqueta del mundo nobiliario. Eso sí, con modales distintos: descarnados hasta la grosería en el primer caso, sutiles y ambiguos por la ironía cuando se refiere a las altas esferas.

La hechura física del escritor no era la más adecuada para sobrevivir en la jauría de la Corte, mundo de apariencias, extremadamente cruel con los nuevos valores de la sociedad burguesa, es decir, mundo en el que no se respetaban los ámbitos de la intimidad, los resortes de la vergüenza, los motivos del escándalo... Los retratos de Velázquez o alguno de sus discípulos, de Pacheco y, sobre todo, el busto de terracota de la Biblioteca Nacional –que, en los dos primeros casos, han popularizado la imagen física de Quevedo, ya de por sí bastante estrafalaria (grandes lentes, cabello muy largo, rasgos muy marcados)– no nos transmiten las calamidades de su cojera, cierta cargazón de hombros, enorme miopía... Defectos todos que el escritor acabó por superar, primero asumiéndolos como medallas de su figura, luego afilando hasta el veneno compensador otros rasgos –era un excelente espadachín, lucía una enorme capacidad para el ingenio verbal– y apabullando a sus enemigos con el estudio y la inteligencia, muchas veces al servicio de la mordacidad.

No es posible, en estas breves páginas, entrar en los recovecos de una de las personalidades más complejas de nuestra historia literaria. Sólo un apunte más nos hace falta para abordar, desde esta perspectiva biográfica, el *Buscón*: el de su desconcierto ideológico.

En efecto, estudio e inteligencia eran bagaje peligroso en tiempos de cambio, cuando a uno se le había inculcado con la educación, sobre todo religiosa, que existen cosas inmovibles, eternas, ante las cuales debe retroceder el pensamiento humano y pasmarse la ciencia. Pero la ciencia no se pasmaba en tiempos de

Quevedo –quien conoció la obra de Galileo, Paracelso, Campanella, los Scaligeros, Mercator, Petrus Ramus...–, y su indudable apetito intelectual recorría apasionadamente los libros que se imprimían en toda Europa, causándole un desasosiego que es –muchas veces– el resorte de su inspiración. Quevedo, que trabajó con entusiasmo para ser un «humanista» de prestigio internacional, acabó por ser lo que hoy más se le podría aproximar: «un intelectual»; ante su prestigio terminó por inclinarse toda la intelectualidad de su tiempo; incluso la Inquisición –en donde tenía excelentes amigos– prefirió no abordar con demasiado detalle su obra y dejarle hacer. Al fin y al cabo sus escritos rezumaban ortodoxia militante: era Quevedo quien adoctrinaba sobre la bondad de las exclusiones y los rechazos. No en vano algunas de sus obras cuentan entre los antecedentes más claros del fascismo posterior.

Pero lo que Quevedo hacía y escribía era enormemente dispar y confuso. Con la misma facilidad dejaba correr un papel sobre las gracias y desgracias del ojo del culo –con perdón– que una «homilía a la Santísima Trinidad». Y de por medio: traducía a Séneca, a Epicuro, a Plutarco, los Trenos de Jeremías, obras políticas...; componía sueños y visiones en los que se ridiculizaban las creencias sagradas del catolicismo (el diablo, la eternidad, el juicio final...); historiaba los hechos recientes; trazaba el mapa de Europa; amonestaba al monarca; defendía la dignidad humana; gritaba al rey de Francia... Demasiadas cosas para referirlas a una sola mentalidad de curso apacible. Podemos salvar, quizá, precisamente aquello que conviene al «inte-

lectual» del que –con evidente anacronía– hablábamos antes: la capacidad de reaccionar con inquietud ante todo lo que le rodeaba. La capacidad de respuesta crítica constante.

Luego, la biografía de Quevedo –apasionante– da para mucho. Sus respuestas expresivas, con obra literaria como resultado, dependen muy muchísimo de las circunstancias históricas. Y, sobre todo, derivan las más de las veces del propio e íntimo desconcierto del Quevedo católico español del Barroco ante el mundo insospechadamente diverso que se iba abriendo a medida que el tiempo dejaba atrás lo que le habían enseñado. El pánico de la historia.

Pero, por ahora, mientras es joven y su capacidad reflexiva no ha recorrido todos los espacios de su personalidad, la respuesta a los estímulos externos se canaliza hacia la degradación grotesca. Quevedo es el lector inteligente que capta enseguida lo que ocurre en torno suyo, lo asimila, lo degrada y lo devuelve al público convertido en objeto grotesco... A ese proceso de degradación ha sometido –y someterá– a escritores como Góngora, a géneros triunfantes como la comedia (a través del entremés) y la epístola (a través de las cartas paródicas), a corrientes literarias, como los romances pastoriles o moriscos, etc.

De ese modo va a operar con la última de las modas, la que luego se llamará novela picaresca, que acaba de irrumpir en el panorama literario peninsular por obra de Mateo Alemán (el *Guzmán de Alfarache*, 1599 y 1604), y que va a provocar incluso la reedición del *Lazarillo de Tormes*.

*El Buscón* es una narración que sigue las pautas de esos dos modelos: autobiografiar las desventuras de un personaje de ínfima condición social que intenta medrar social y económicamente haciendo valer resortes de la sociedad de la época –el interés, el engaño, etc.– y que, después de sortear todo tipo de situaciones adversas, tiene que huir a América. Quevedo ha despojado, sin embargo, al modelo inmediato de toda la carga moral expuesta de modo directo y ha explotado las posibilidades cómicas del personaje y de las escenas, dos cosas en las que él era un maestro.

Sin embargo *El Buscón* no se aviene exactamente a las líneas de lo que luego se llamará «novela». Es una narración, como lo eran las variantes pastoriles, bizantinas, moriscas, cortesanas, etc., que habían proliferado en la tradición literaria anterior. Los esquemas excesivamente complejos de la novela, deducidos de la novela decimonónica y, sobre todo, de la novela contemporánea (narrador, narratario, voz, perspectiva, monólogo interior, juegos espacio-temporales, etc.) se distorsionan al intentar aplicarlos a obras y épocas en los que no servían como elementos conscientes de la creación: Quevedo no intenta distinguir tajantemente entre la voz del narrador y la suya propia, por ejemplo, es algo que no le preocupaba. Tampoco parece excesivamente cuidadoso en la creación de caracteres psicológicos, en la verosimilitud de muchas acciones, en la proporción de los elementos narrativos, en la secuencia de la intriga, en la trabazón del argumento... Ello no quiere decir que la obra se haya escrito a la buena de Dios. Por el contrario, el lector se encuentra –y esto es muy curioso– ante una de las obras

mejor trabadas del autor, con marcas de conexión interna que remiten constantemente de unas partes a otras. Quevedo está escribiendo, sencillamente, una narración desde los supuestos estéticos y literarios del momento, que no incluían muchos de aquellos aspectos novelescos, pero que gustaban, sin embargo, de la ostentación del estilo, de la recreación de figuras, de la escenificación, del ingenio... Si a la obra hubiera que colocarle una etiqueta apropiada, lo mejor sería hablar de una narración satírica.

De una cosa no hay duda: el lector de *El Buscón*, el de ahora y el de antes, disfruta enormemente con su lectura: cuadros costumbristas de la España del Siglo de Oro, personajes genialmente retratados, escenas hilarantes, todo expuesto por medio de un estilo endiabladamente ingenioso...

Otra cosa es cuando de su lectura queremos pasar a consideraciones críticas más complejas. Y es que quienes han ensayado interpretaciones más profundas de la obra no han conseguido ponerse de acuerdo sobre su alcance o sobre su valor. Es una vieja polémica entre filólogos y críticos, que ahora no viene a cuento reproducir. Tanta carcajada, tanto escarnio, la contemplación sistemática de la condición humana a través de todo lo que tiene de negativo, tanta palabrería y gesticulación, sin asomarse nunca a los estratos de la nobleza, de los sentimientos, de los llamados valores permanentes, etc., terminan por producir en el lector una sensación agrídulce, y una curiosidad: indagar por qué el escritor produjo una obra tan peculiar. Cabe, entonces, acudir a argumentos históricos (aquella España de oro y hara-

pos), biográficos (el cortesano preterido), humanos (el introvertido misógino), estilísticos (el malabarista de la lengua)... Esa es la aventura del lector inquieto, una vez que ha leído la obra.

Quevedo no publicó nunca esta obra, ni siquiera admitió haberla escrito, aunque no hay dudas sobre su autoría. Las primeras impresiones, a partir de 1626, aparecieron fuera del Reino de Castilla, probablemente pirateadas por editores desaprensivos: el texto que daban a la lectura estaba francamente deturpado. *El Buscón*, como otras obras de Quevedo –lo dijo él, lo dijeron sus amigos– sufría de las constantes intromisiones de un público que disfrutaba tanto con las copias como con los añadidos y variantes.

En fin, acercándonos a nuestros días: la obra se benefició del espléndido trabajo de la filología moderna, de mano esta vez de una famosa edición de Lázaro Carreter (en 1968), que abrió el camino a muchos trabajos textuales posteriores.

El texto que se reproduce a continuación, con una anotación muy sencilla que permita disfrutar de la lectura, procede de un trabajo crítico que terminó en una edición (publicada por mí en 1990; Madrid, Castalia), y aceptado, desde entonces, como el texto genuino de *El Buscón* por todas las ediciones posteriores. Se basa en un manuscrito que se conserva en la Biblioteca Lázaro Galdiano, de Madrid. He acogido, sin embargo, pequeñas enmiendas de editores posteriores, y he subsanado erratas.

# Nota bibliográfica

Se conservan tres manuscritos de la obra: en el Museo Lázaro Galdiano (B), en la Real Academia Española (C) y en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander (S).

## Ediciones antiguas:

Zaragoza, Pedro Vergés, 1626 (princeps). El texto se relaciona con los de los manuscritos CS.

Zaragoza, Pedro Vergés, 1626. Edición pirata hecha en Sevilla por Francisco Lira, según adujo Jaime Moll.

Barcelona, Sebastián Cormellas, 1626. Sigue el texto de la princeps.

Valencia, Crisóstomo Garriz, 1627. Texto de la princeps.

Barcelona, Lorenzo Deu, 1627. Texto de Barcelona, Cormellas.

Zaragoza, Pedro Vergés, 1628.

Rouen, Carlos Osmont, 1629. Sigue la princeps.

Pamplona, Carlos Labayén, 1631. Sigue la princeps.

Lisboa, Matías Rodríguez, 1632. Sigue la edición fraudulenta de Sevilla (1626), pero parece haber tenido en cuenta también la princeps.

Madrid, Pedro Coello, 1648. En el volumen *Enseñanza entretenida...* Sigue la edición de Zaragoza, 1628. (Existe una edición contrahecha sevillana, de esta misma, en 1650.)

Madrid, Pedro Coello, 1650. El segundo vol. de sus obras, con el título de *Prosiguen todas las obras en prosa...* Recoge el texto de la anterior.

La historia inmediata y posterior de estas ediciones –de menor interés textual, para el caso de *El Buscón*– puede seguirse en mi artículo «Las ediciones póstumas de Quevedo», en J. Cañedo e Ignacio Arellano (eds.), *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro*, Pamplona: Eunsa, 1987, pp. 211-31. Y en el de Jaime Moll, «El proceso de formación de las “Obras completas” de Quevedo», en el *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid: Gredos, 1981.

## Ediciones modernas

Las ediciones modernas de *El Buscón*, a partir de la que hizo Fernández Guerra para las *Obras* de Quevedo en la *Biblioteca de Autores Españoles* –primera de la lista– son innumerables. A estas alturas, la mayoría no revisten especial interés textual. Una vez publicado el texto de Lázaro Carreter, prácticamente todos los editores lo reproducen, excepto Ife.

De A. Fernández Guerra, en Madrid, BAE, 1852.

De Américo Castro; Madrid, 1911; y Madrid, 1927 (*nueva ed.*).

De Gili Gaya; Barcelona, 1941; y Zaragoza, 1945.

Edición crítica de Fernando Lázaro Carreter, Salamanca: Universidad, 1965. Con numerosísimas reediciones, en esta y en otras editoriales y colecciones, de la que sólo se apartan las de la serie que sigue, que a su vez han comenzado a ser tomadas como base de otras muchas de divulgación.

Ed. B. W. Ife; Oxford: Pergamon, 1977. Edita las dos redacciones, según la teoría de Lázaro.

Ed. Edmond Cros; Madrid: Taurus, 1988. Sigue el texto B únicamente, como segunda redacción.

Ed. Pablo Jauralde, Madrid: Castalia, 1990. Sigue el texto B, como única redacción.

Ed. de Fernando Cabo Aseguinolaza, Barcelona, 1993. Excelente estudio previo y edición.

## Sucinta bibliografía crítica

- Marcel Bataillon, *Pícaros y Picaresca...*, Madrid: Taurus, 1969.
- Claudio Guillén, *The Anatomies of Roguery*, Nueva York-Londres; Garland, 1987. *El primer Siglo de Oro...*, Barcelona: Crítica, 1988, 234-267.
- C. B. Johnson, «El Buscón: D. Pablo, D. Diego y D. Francisco», en *Hispanófila*, 51 (1974), 1-26.
- Fernando Lázaro Carreter, *Estilo barroco y personalidad creadora*, Madrid: Cátedra, 1977, 3 ed., 99-128. «Quevedo: la invención por la palabra», *Academia Literaria Renacentista*, II, Salamanca: Universidad, 1982, 9-25.
- Raimundo Lida, *Prosas de Quevedo*, Barcelona: Crítica, 1978.
- Edmond Cros, *Ideología y genética textual. El caso del Buscón*, Madrid: Cupsa, 1980.
- Maurice Molho, introducción al volumen de la Pléiade *Romans picaresques espagnoles* (París: Pléiade, 1968; traducida en Madrid: Anaya, 1972, pp. 128-59 para *El Buscón*). *Semántica y poética (Góngora y Quevedo)*, Barcelona: Crítica, 1977, y de ahí sus «Cinco lecciones sobre el Buscón» (pp. 89-131). «¿Qué es el picaresmo?», en *Edad de Oro*, 2 (1983).
- Alexander A. Parker, «The Psychology of the Picaro en *El Buscón*», en *MLR*, 42 (1947), 58-69. Versión española, *Los pícaros en la literatura...*, Madrid: Gredos, 1971.
- Agustín Redondo, «Del personaje de don Diego Coronel a una nueva interpretación del *Buscón*», en las actas del V *Congr. Int. de Hisp.*, Burdeos, 1974.
- Leo Spitzer, «Sobre el arte de Quevedo en el *Buscón*», *Archivum Romanicum*, 9 (1927), 511-80. Traducido en Gonzalo Sobejano (ed.), *Francisco de Quevedo. El escritor y la crítica*, Madrid: Taurus, 1978, pp. 123-84.
- Lía Schwartz Lerner, *Metáfora y sátira en la obra de Quevedo*, Madrid: Taurus, 1984; y *Quevedo: discurso y representación*, Pamplona: Eunsa, 1986.



# El Buscón



# Libro primero